

La política del odio



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

A finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado, en los círculos de oposición democrática al franquismo existía, entre otras, una preocupación elemental: "¿Dónde está la derecha civilizada en España? –nos decíamos–. ¿Se podrá contar en la futura democracia con una derecha civilizada?".

La cuestión no resultaba baladí en tanto en cuanto en la historia de España gran parte de nuestros sufrimientos y dictaduras –incluida la franquista– se sustentaban en el enfrentamiento de las dos Españas y en la imposición de concepciones autocráticas en la vida política, social y cultural.

Sin necesidad de comulgar con los teóricos de la modernización, que sostenían que uno de los requisitos para el establecimiento de una democracia era la existencia de una amplia clase media moderada y tolerante, todos entendíamos que para funcionar con estabilidad una democracia necesitaba no solo capacidad de representación adecuada de los distintos sectores sociales, económicos e ideológicos, sino también una cultura democrática que fuera inequívocamente asumida por amplios sectores de la población, entre ellos la propia derecha. Por eso se hablaba de la necesidad de una "derecha civilizada".

La verdad es que en España en aquellos años no se vislumbraba tal tipo de comportamiento socio-político, ni siquiera en aspectos básicos como un "talante permisivo". En la sociedad española entonces era muy raro encontrar en los círculos de la derecha a alguien que, como se atribuye a Voltaire, "estuviera totalmente en desacuerdo" con las opiniones de otro de sus conciudadanos, pero "estuviera dispuesto a dar su vida para defender el derecho de este a manifestar libremente" tales opiniones.

Los "enemigos" políticos

La derecha económica y política en su inmensa mayoría se mantenía anclada en concepciones autocráticas y

supremacistas desde las que no contemplaban a posibles "adversarios políticos", sino a *enemigos mortales*, a los que no solo se perseguía y se impedía el ejercicio de sus libertades, sino que también se les satanizaba y *cosificaba* como mecanismo previo a la aplicación de políticas hostiles.

Sin embargo, en aquellos años se empezaron a vislumbrar nuevas posibilidades como la que impulsó Joaquín Ruiz-Jiménez desde "Cuadernos para el Diálogo", postulando la vía del diálogo civilizado como superación de la dialéctica de las dos Españas, y como requisito imprescindible para debatir políticamente y, en su caso, para consensuar modelos de convivencia pacíficos y civilizados que permitieran la incorporación normalizada de España al contexto de las sociedades democráticas.

En aquellos años personalidades como Ruiz Jiménez y diversos núcleos católicos influidos por el Concilio Vaticano II empezaban a desarrollar en sus asociaciones de carácter apostólico una cultura política tolerante y democrática; y en algunos casos con orientaciones socialmente avanzadas.

La dinámica de los hechos dio lugar a que aquellos sectores católicos evolucionaran en distintas direcciones: algunos se acercaron, e incluso se implicaron en el PCE (entre ellos varios "curas obreros"); otros se incorporaron al PSOE; no faltaron los que se unieron a organizaciones de extrema izquierda y de orientación pro-China.

Todo ello contribuyó a frustrar la posibilidad de que la futura derecha civilizada española estuviera compuesta, entre otros sectores, por un núcleo importante de católicos dialogantes y socialmente avanzados.

Finalmente, la evolución hacia la democracia y hacia una cultura de tolerancia vino impulsada por la capacidad de entendimiento de un sector del régimen anterior de orientación centrista, liderado por Adolfo Suárez, con los partidos de la oposición democrática al franquismo, que posibilitaron la Transición Democrática y la Constitución de 1978.

¿Dónde está la derecha civilizada?

A partir de 1978, pues, parecía que finalmente España entraba en la senda de la normalización democrática, con partidos a la izquierda y a la derecha, capaces de convivir en paz y con respeto mutuo; y hasta con posibilidades de entendimiento.

Sin embargo, con el paso del tiempo se ha asistido no solo a un debilitamiento recurrente de las organizaciones políticas centristas –tocadas por una especie de *mal de ojo*– sino también a un endurecimiento de las posiciones de buena parte de la derecha sociológica y política.

En esta inflexión regresiva resulta inquietante comprobar que cada vez más sectores de la derecha española se están deslizando hacia enfoques y comportamientos más propios de pensamiento autocrático que del democrático, recurriendo a insultos y descalificaciones feroces y alentando la dialéctica “amigos-enemigos” que tanto mal hace a la convivencia política y a las posibilidades de progreso en paz.

Las campañas de intimidación, agresividad, insultos y odio que se han visto en las dos últimas elecciones y en la sesión de investidura en la que se eligió a Pedro Sánchez como Presidente legítimo del Gobierno de España, ni responden a una cultura democrática, ni ayudan a despejar los miedos ante el futuro.

Lo que hemos visto en los últimos meses en las dos confrontaciones electorales, y muy singularmente en el debate de investidura de Pedro Sánchez, no puede resultar más preocupante. Y amenazante.

Déficit de cultura democrática

La cultura democrática se basa no solo en la capacidad de diálogo y entendimiento, con respeto a la libertad de expresión y a las discrepancias, a lo que antes me he referido, sino también, y básicamente, en la aceptación de la regla de las mayorías y las minorías. Y, por lo tanto, en el respeto a la voz de las urnas.

Por supuesto, unos y otros podrán llegar a asumir estos criterios y talentos por razones diversas, pero en el fondo de todas estas razones se encuentra el respeto a las personas humanas.

Cuando reconoces en el posible adversario político a una persona humana digna y dotada de derechos y oportunidades, estás asumiendo el basamento de la tolerancia democrática. Y la consiguiente posibilidad de diálogo y entendimiento. Sin embargo, cuando ves en ese “otro” a un enemigo despreciable e indigno de cualquier respeto, lo que haces es “cosificarle” y reducirle a una condición no humana, diferente a la que tú tienes y disfrutas. De ahí, precisamente, que la “cosificación” y el “repudio” del diferente haya sido la coartada de todas las persecuciones, hostigamientos, maltratos y genocidios que se han conocido en la historia de la humanidad.

La personalidad autoritaria

Después de lo ocurrido en países hasta entonces tenidos por civilizados en los años de las Guerras Mundiales, algunos teóricos sociales intentaron comprender en claves psico-sociales aquellas derivaciones hacia el horror. Para ello analizaron los rasgos que podrían prefigurar –o conducir a– la *personalidad autoritaria*. Personalidad que intentaron operacionalizar a efectos analíticos con la célebre “escala F” (de Fascismo). Es decir, con un indicador analítico que en el futuro pudiera permitir identificar “a tiempo” el tipo de personalidad autoritaria que podría conducir a una nueva era de horror, intolerancia y muerte.

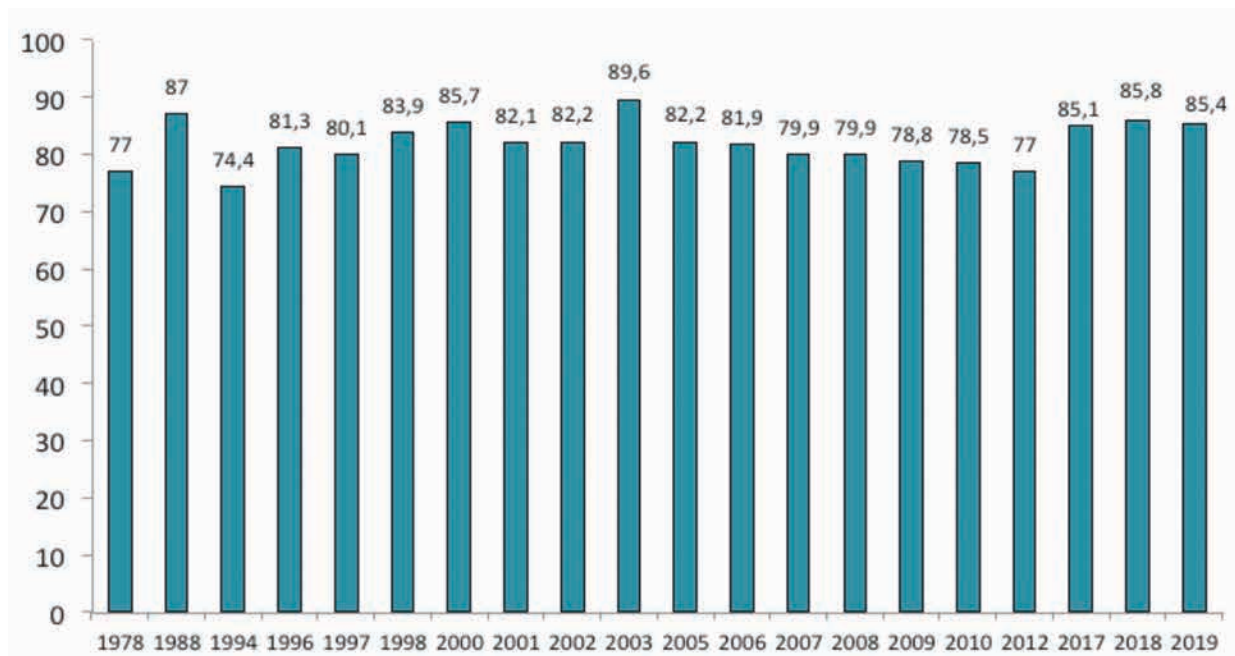
Cuando en nuestros días intentamos aplicar la famosa *Escala F*, desarrollada por Adorno y sus colaboradores, las sorpresas son mayúsculas, en la medida en la que aquellos rasgos que caracterizaron el horror político vuelven en nuestros días a anidar en los liderazgos y en las organizaciones que resucitan la dialéctica “amigos-enemigos”, con actitudes de odio y hostilidad política extrema que algunos creímos definitivamente superadas en las democracias modernas.

Y, además, frecuentemente lo hacen presentándose a sí mismos como defensores del orden constitucional (lo que existe), al tiempo que motan a sus “enemigos” como impugnadores de dicho orden. Desmesura argumentativa y moral similar a la de los golpistas del 36, que imputaron a bastantes militares leales a la República –a los que pasaron por las armas al margen de todo procedimiento legal con garantías– por “auxiliar a la sublevación militar”. ¡Ni el mismo Orwell fue capaz de imaginar tamaño despropósito!

La radicalización de la derecha española

Las campañas de intimidación, agresividad y odio que se han visto en las dos últimas campañas electorales y en la

GRÁFICO 1
Evolución de la valoración positiva entre los españoles de la democracia
como la mejor forma de Gobierno
%



Fuente: CIS, Banco de datos. Varios años.

Pregunta: ¿Cuál de las siguientes frases refleja mejor su opinión sobre la democracia? La democracia siempre es preferible a cualquier otra forma de gobierno; o en algunas circunstancias un régimen autoritario es preferible a un sistema democrático; o a las gentes como Ud., da igual un gobierno que otro.

sesión de investidura que concluyó con la elección democrática de Pedro Sánchez como Presidente de Gobierno legítimo de los españoles, no pueden ser más inquietantes.

En el último debate de investidura, el líder del principal partido de la oposición llegó a calificar la sesión de "investidura clandestina, traición navideña y emboscada a la Constitución". Al tiempo que calificó al candidato –y ya Presidente– de "personaje sin escrúpulos", "político indigno", "mentiroso y charlatán", "villano de comic", "estafador", "felón" y perpetrador del "mayor fraude electoral cometido en la democracia española".

Que diga tales cosas –y alguna más– el líder de un partido que ha gobernado España durante bastantes años es algo que aún no ha podido ser entendido ni asimilado en amplios sectores de la sociedad española.

Con este punto de partida, era evidente que el líder de la extrema derecha parlamentaria no se quedaría atrás. Y en verdad que dio cuenta cumplida de ello, afirmando que no consideraba legítimo a un gobierno –el de Pedro Sánchez– que será investido –anticipó– "con votos de diputados que no lo son" (sic). A lo que añadió –y continúa añadiendo– una retahíla de insultos

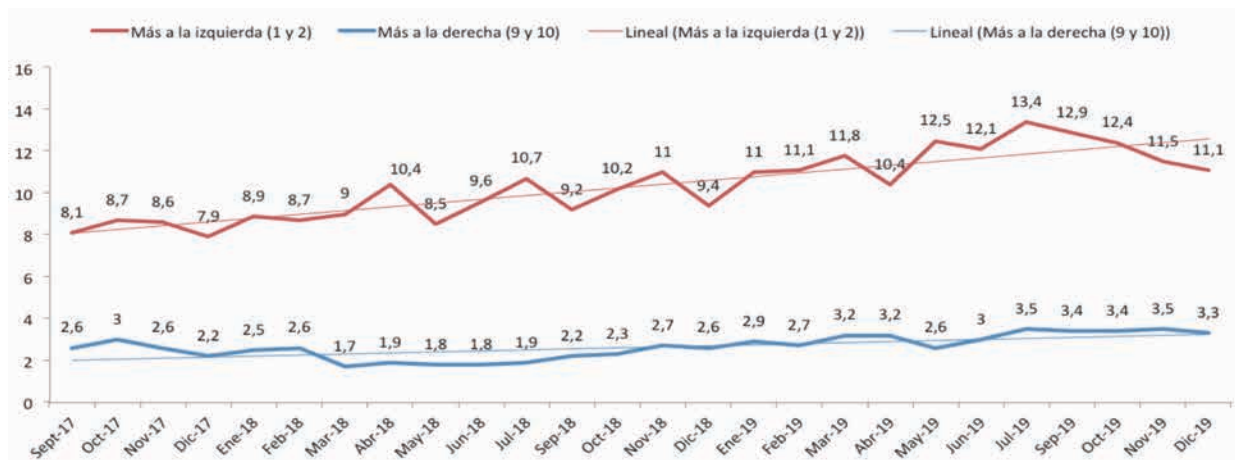
desaforados. "El Sr. Sánchez –dijo– es un fraude, un mentiroso, un estafador y un personaje sin escrúpulos que es capaz de cualquier cosa con tal de seguir viviendo en el Palacio de *La Moncloa*. Un político indigno que ha cometido el mayor fraude de la democracia española".

Cuando un gobierno salido de las urnas con toda legitimidad y transparencia es tachado de "ilegal, fraudulento y traidor" y no es reconocido como tal, resulta evidente que no estamos ante una simple discrepancia de opiniones, sino ante algo mucho más grave.

Que ambos líderes de la derecha coincidan en un proceder tan insultante y desleal, y que ambos alienen una estrategia destabilizadora e impulsiva es un indicador preocupante del estado de salud de nuestra democracia, de la inmadurez política de algunos de sus líderes y de la incapacidad política para operar con criterios transparentes y democráticos.

GRÁFICO 2

Tendencias de bipolarización en la ubicación ideológica del conjunto de la población en un eje izquierda-derecha
(Evolución de los que se sitúan en los dos espacios más a la izquierda y los dos más a la derecha)
%



Fuente: CIS, Barómetros mensuales.

Como ocurre con los icebergs, la parte oculta (o no visible) de la *estrategia del odio* es aún más inquietante, comprendiendo intimidaciones, amenazas e intentos de cambiar la voluntad de varios diputados de votar a favor de Pedro Sánchez, con intoxicaciones en la red, e incluso con un eurodiputado pidiendo abiertamente la intervención del Ejército, al tiempo que otros han pedido el enjuiciamiento del actual Presidente de Gobierno por "traidor" (sic). Todo lo cual compone un panorama claramente desestabilizador y hostil a la legalidad democrática establecida, que puede causar un daño enorme a la funcionalidad y al crédito internacional de la democracia española.

Cuando un gobierno salido de las urnas con toda legitimidad y transparencia es tachado de "ilegal, fraudulento y traidor" y no es reconocido como tal, resulta evidente que no estamos ya ante una simple discrepancia de opiniones, sino ante algo muy grave que habrá que juzgar a partir de hechos fehacientes.

¿En qué se sustenta la estrategia del odio?

Tal despliegue de amenazas, insultos y expresiones de odio la verdad es que no encuentran sustento sociológico preciso en la población española actual, que en su inmensa mayoría responde a orientaciones tolerantes, mesuradas y pacíficas, que nada tienen que ver con pronunciamientos tan extremos y poco fundados.

De hecho –en contraste con lo que ocurrió en otras épocas y en otros países– la sociedad española actualmente no se encuentra penetrada por odios políticos ni por extremismos y antagonismos extremos. Más bien al contrario,

una gran mayoría de españoles se considera de centro, con algo más de prevalencia del centro-izquierda moderado.

En este sentido, resultan significativos los datos de las encuestas solventes, que indican que en España en estos momentos tienen un amplio apoyo los principios y valores democráticos (*vid.* gráfico 1), hasta el punto que un 85% consideran en nuestros días que "la democracia es el mejor tipo de gobierno posible".

Los datos empíricos también permiten verificar que los españoles que se sitúan en los dos espacios más a la derecha del espectro político-ideológico permanecen estancados durante los últimos años en proporciones que no superan ni siquiera el 4% (*vid.* gráfico 2).

Lo cual revela que la tensión política extrema que algunos propalan es una "construcción ideológica" extraña a la realidad social y a las mentalidades de nuestros días. Construcción que, en gran medida, responde a determinados climas de incertidumbre, malestar y miedo que se están inoculando en la esfera política, con el apoyo de comunicadores y medios de información que se encuentran subordinados a –o están manipulados por– las estrategias de la tensión y la exacerbación del odio. Estrategias alimentadas al margen –y en contra– de los verdaderos intereses y necesidades de la sociedad española y de la gran mayoría de sus ciudadanos.

Por eso, precisamente, los que enarbolan la estrategia del odio y la tensión no asumen los resultados de las urnas ni las decisiones mayoritarias y legítimas del Parlamento español. ¿Por qué y para qué? **TEMAS**